

AMARANTA PICO

El tropel de las almas

Homenaje a los difuntos en Caldera, Carchi

*Uno no es de ninguna parte mientras
no tenga un muerto bajo la tierra.*

José Arcadio Buendía
Cien años de soledad

Cada mes de octubre, en el valle del Chota, las almas de los muertos despiertan. Dicen sus habitantes que “Dios las suelta”, que los antepasados regresan y visitan sus comunidades en completa libertad hasta el 2 de noviembre. La reciprocidad cultivada a diario entre los vivos se extiende hasta los espíritus. A lo largo de los siglos, los encargados de levantar a las almas benditas han sido los Animeros, personas de los ranchos que por voluntad, vocación y fe se ofrecen para esta labor. En el presente, quedan muy pocos y son personas mayores.

Buscando pistas sobre el culto a las almas, recorrimos algunos caminos del valle del Chota, al norte de la provincia de Imbabura y al sur de Carchi, hasta llegar a Caldera, una de las comunidades negras más antiguas del valle. “Aquí es la tierra natal de lo que siempre ha habido”, nos cuentan. Y es aquí, precisamente, donde recibimos uno de los mayores aprendizajes sobre el homenaje a la vida.

Valle del Chota o valle de la Muerte

En el tiempo de la conquista española, los grandes terrenos del valle del Chota, entonces llamado Coangue, en la cuenca del río Mira, pasaron a manos de las congregaciones religiosas jesuitas. En aquel entonces las producciones agrícolas de la zona eran de coca y algodón y se desarrollaban a costa de la explotación de mano de obra indígena. La causa por la cual el territorio del valle de Coangue fue llamado “de la Muerte” se debió a que los indígenas de la sierra no soportaron las inclemencias del clima y de los trabajos forzados, por lo que escaparon o murieron. Esto llevó a que, a finales del siglo XVI, los jesuitas decidieran traer esclavos negros de Cartagena de Indias para trabajar en sus haciendas y plantaciones.

Esclavos y esclavas, provenientes de varias regiones de África, eran transportados como mercancía en condiciones completamente inhumanas por negreros de Portugal, Inglaterra y Francia. Así fue como alejaron

a cien millones de negros de su cultura y de su tierra, de los cuales veinte millones llegaron con vida a América. “Llegan los sobrevivientes, heridos de muerte en sus cuerpos, sus almas y su dignidad, muerta su gran Madre África, muertas para ellos sus familias, sus etnias, sus culturas. Nunca jamás las volverán a ver” (Peters, 2005: 132). Quienes llegaron al valle de Coangue, originarios de Guinea y Angola (Naranjo, 2010), son los ancestros de la población afroespañola del actual Ecuador.

Los jesuitas se valieron de los esclavos y las esclavas para el duro trabajo de los trapiches y las molineras. El trato era feroz. Después de su expulsión de las colonias americanas en 1767, tuvo que pasar mucho tiempo, casi un siglo más, para que se decretara la manumisión de la esclavitud. Sin embargo, esta ley, en lugar de otorgar la ansiada libertad, una vez más favoreció a los terratenientes.

Al igual que la población indígena en los huasipungos, los negros conciertos siguieron siendo esclavos, aunque bajo otro nombre. “En la práctica, los trabajadores concertados y mitayos perdieron su condición de libres al ser obligados a trabajar perpetuamente al servicio de los grandes propietarios en base a un constante endeudamiento” (Arias en Naranjo, 2010: 28). La explotación del trabajo, los castigos, la violación flagrante a las mujeres por parte de los hacendados, conocida como “derecho a

la primera noche”, y la degradación humana en toda su magnitud, continuaron sucediéndose impunemente hasta el siglo xx, hasta la Reforma Agraria de 1964.

De esta historia es heredera la actual población del valle del Chota. A estos son los muertos a los que se honra y se canta. Las celebraciones religiosas y funerarias, con sus respetivos cantos y “salves”,¹ representaron a lo largo de estos siglos “curaciones comunitarias”; como dice Peters (2005: 171), “al consolar y ayudar a sanar las heridas del corazón, las Salves forman parte de la salvación del mundo frente a la muerte”. A pesar de la esclavitud, la vida en comunidad se fortaleció día tras día, año tras año, tal como se concebía y practicaba en África: entendiendo la reciprocidad como una red para sobrevivir, entre los vivos y con los ancestros.

Tras las huellas del Animero

En Mascarilla, don Salomón Acosta nos abre la puerta de su casa, no sin antes examinarnos detenidamente. “¿Qué buscan?”, pregunta. Explicamos que llevamos viajando varios días en busca de un Animero, que venimos de La Concepción, en donde esta labor devota se practicaba con fervor en el pasado. Guarda silencio y nos invita a pasar.

Después de convidarnos asiento, indica: “ser Animero es una vocación” y, de inmediato, voltea a ver a su infancia. Sonríe y señala la puerta de madera: “por las hendiduras le pasábamos una monedita de limosna, en mitad de la noche, no por temor sino por respeto”. Cuenta que un “tropel de almas” acompañaba y protegía al Animero en su transitar por el pueblo. “Pero ya no hay”, comenta con tristeza. Insistimos en que haga memoria, debe existir alguien que aún ofrezca este servicio de fe. Hace una pausa mientras recorre interiormente los caminos del valle. “Tal vez en Caldera o en Cuajara quede alguno vivo”.

Seguimos sus coordenadas. Nos dirigimos por la Panamericana Norte con

dirección a Tulcán y, al llegar a Piquiucho, tomamos hacia la derecha, por la vía a San Rafael y Monte Olivo. Un camino empedrado nos aleja de la carretera principal. Está rodeado por árboles exuberantes y plantaciones de tomate, fréjol, caña y tuna. El caudal del río Apaquí flanquea la vía. Así es como llegamos a Caldera.

El pueblo arde bajo un azul nítido. Es domingo y las familias están reunidas en las puertas de sus casas, riendo y refrescándose. Al cabo de una larga búsqueda por las tierras del valle del Chota, apenas ponemos un pie en Caldera se facilita el encuentro. Una niña nos conduce hasta la casa del Animero, don Augusto Cribán. “Abuelito, le buscan”.

Después de una grata conversación, don Augusto nos invita a asistir a su caminata el primer lunes de octubre, día en el que inicia el rito de las almas que realizará durante todo el mes hasta el 2 de noviembre. Dice: “si es que Dios nos da vida, nos veremos entonces”.

Honrar la vida

Augusto Cribán habla del “misterio de la enseñanza”, refiriéndose a la procedencia de los cantos de difuntos. “Aprendí escuchando a otros”, relata. Tiene setenta años, de los cuales ha entregado cincuenta a la devoción a las almas. Cuando la luz eléctrica rompió la oscuridad de Caldera, encontró que había llegado el momento de abandonar su tarea. Su hermano mayor continuó con ella. “Alcides Cribán tenía buena consonancia”, recuerda doña Berta Méndez. Animero legendario, Alcides rezaba en latín.

Después de su fallecimiento, hace ya veinte años, Augusto tomó la posta de nuevo y se encomendó a “la voluntad de las almas benditas”, no solo en Caldera sino además en los pueblos aledaños. “Mi participación se va de aquí a otros tres ranchos: Piquiucho, El Juncal y Chalguayacu. Como son tres recintos grandes, no se alcanza en un solo recorrido. Hago esto el mes de

octubre íntegro, el primer lunes empiezo por mi tierra. De ley, aquí primero”.

Se trata de una gran responsabilidad y un sacrificio que el Animero asume con devoción. Inicia a las once de la noche en el cementerio de cada pueblo, en donde invoca la memoria de los finados y concluye poco antes del amanecer, después de haber recorrido la mayoría de los hogares, ofrendando aliento a los vivos.² “Al momento que uno va al panteón hay unas oraciones, me encomiendo como me enseñaron. Ahí los tímpanos de los oídos se me agudizan, son bien claritos. Cuando ya uno regresa ahí ‘vuelta’ es como que se tapan”. A esta caminata se suman las horas que recorre a pie para llegar a los poblados vecinos.

De acuerdo a la distancia que tienen los caseríos, tengo que tratar de iniciar en la primera casa a las once de la noche en punto y a las cuatro de la madrugada la última, hasta donde avance. De casa en casa voy rezando, voy cantando los cánticos, hago rezar. Yo “riezo” desde afuera y me contestan también de adentro, los que están ahí.

Nos indica que cada canto religioso tiene su horario. Abre las gastadas páginas de un cuaderno en el cual tiene anotadas las canciones, aunque las conoce de memoria. “¡Son medio sentimentosas!”, exclama entre sonrisas. Él también acompaña, con rezos y “salves”, en los velorios de los adultos de Caldera y sus alrededores. En el caso de los niños es diferente, nos explica, ya que se los despide bailando. “Hacen bailar hasta a la mamá del niño fallecido, a quien le dicen que baile ‘porque ya va a venir otrito, que debajo de la cama nomás está’” (Naranjo, 2010: 45).

Mientras la despedida funeraria de los niños se realiza con alegría, la de los difuntos mayores es ocasión de consternación y desconsuelo. Para eso están los cantos de velorio, en donde la aflicción se torna música. Los ritos funerarios le dan un rostro particular a la muerte, que sería,

Se entabla un diálogo a través de los umbrales. No hay miedo. No hay silencio. Hay una oración que recibe una respuesta. Hay un dar y un recibir: un canto que disuelve puertas, parábola de dos mundos que se comunican pero no se ven.

como señala Eliade (1997), un segundo nacimiento, creado mediante el rito.

Hace pocos años, don Augusto recibió un machetazo en la cabeza por impedir una pelea entre hermanos. “Me ofendió el cráneo”, cuenta, palpando la cicatriz. Revela que actualmente cantar a un muerto le ayuda a curarse. “Para mí es fe viva ser Animero, la voluntad de Dios me ayuda. No le tengo miedo a la muerte”.

“Réquiem eterna, luz perfecta”

La primera noche de octubre, el Animero de Caldera se prepara para salir de su casa. Abriga su cuerpo con un poncho y toma una campana que hasta el momento ha guardado celosamente, envuelta en un trapo blanco, desde que la recibió de manos del síndico. La campanilla de los muertos no puede repicar “antes de hora”, hoy es su tiempo. Al atravesar la puerta de su casa, se apodera de una vara que le servirá de bastón, se sumerge en un poderoso silencio y comienza a caminar.

El cementerio se ubica fuera del pueblo; es necesario atravesar senderos, sembríos y una quebrada. Al llegar a las puertas del panteón, saca un manojo de llaves y las abre. Ingresa con decisión. Recorre las orillas de los sepulcros blandiendo la campana, avisando. De pronto, se detiene y entona un canto que estremece hasta los huesos. Su voz estalla en mitad del silencio con resonancias absolutas. El eco se proyecta, se multiplica.

Decía antes don Augusto que “a lo que se pisa viene la memoria” y que, a medida que pone sus pies sobre las tumbas, recuerda la manera en la que murieron sus parientes, compadres y vecinos. Con la memoria de sus pies y su voz invoca a las almas, despierta todo aquello profundamente dormido. Sus oídos se agudizan, su percepción se amplifica, sintoniza con las frecuencias de la noche. Es entonces cuando retorna al pueblo, acompañado de un “tropol de almas”.

Se detiene en la primera casa de Caldera. Agita la campana y comienza a cantar y a rezar en homenaje a los finados de la comunidad, que son también los de cada familia. Enseguida, desde adentro, se escucha la respuesta: un canto íntimo, colectivo. Aún sin ver, se puede presentir a la familia reunida, del otro lado de la puerta. El grito del Animero es poderoso:

Vengan todos, aliviemos
A nuestros padres y hermanos
De esas penas, de ese fuego,
De esos terribles tormentos

¡Apaga Señor el fuego que a las almas
atormenta!
Padrenuestro, que estás en el Cielo...

Reza por los muertos, alivia de sus “terribles tormentos” a los ancestros. Es un movimiento de fe que, desde el presente, interpela una historia cruenta y reefectúa el pasado. La metáfora vale además para los vivos y nuestro poder de acción sobre los cambios del mundo. Por eso los “salves” son considerados por algunos como palabras mágicas.³ Ahora son entonados por Augusto Cribán pero ya fueron pronunciados antes, en noches inmemoriales, por sus abuelos. Su voz es huella de una travesía en el tiempo que abre un espacio de libertad y planta su verdad:

‘Ruempan’, ‘ruempan’ las cadenas
A pagar con libertad⁴
Cuán terribles son mis penas
Piedad, cristianos, piedad

‘Oí’ gritos, ‘oí’ ayes⁵
Y escucha tristes gemidos
De tus parientes y hermanos
Que en fuego viven cautivos

¿Hasta cuándo pecador?
¿Hasta cuándo has de vivir?
Que vives tan descuidado
Sabiendo que hay que morir

Coge una calavera
Ven y contempla en ella
Que ‘sos’ tierra y te has de hacer
Y te has de volver como ella

Se entabla un diálogo a través de los umbrales.⁶ No hay miedo. No hay silencio. Hay una oración que recibe una respuesta. Hay un dar y un recibir: un canto que disuelve puertas, parábola de dos mundos que se comunican pero no se ven. Hay piedad y regocijo. Hay un favor y un abrigo. Son tiempos sagrados de homenaje a la muerte que, por lo mismo, destacan el regalo de la vida. A estas horas, la incertidumbre acerca de lo real es tajante. Y la certeza de la correspondencia entre vida y muerte es visible. Solo la oscuridad de la noche permite ver.

Tengan término mis males
Oh Dulcísimo Consuelo
Mas cuando al alzar el vuelo
Nacen siglos eternos

Adiós cuerpo y adiós mundo
Ya ven que ya no me acuerdo
Tú te quedas en la tierra
Yo me voy a padecer

Mira que la Virgen viene
De rodillas a tu cama
A ver si puede alcanzarte
Y favorecerte el alma

En el centro de la tierra
Hay una cárcel de fuego
Y entre excusas encendidas
Ahí me hallo quemando vivo

¡Cuán terribles son mis penas!
Piedad, cristianos, piedad...

“El Animero alivia a las almas”, dice doña Berta Méndez, cura el padecimiento de la comunidad. Como narra el finado Benedicto Calderón, del Chota (en Peters, 2005: 38), “durante el recorrido, el Animero tiene que ir con la vista hacia el frente, sin ningún azar [...] dentro de la fe mismo él va acompañado, nadie puede atropellarle”. Augusto Cribán camina con decisión y fortaleza. En todas las horas que dura la caminata, no se sienta ni toma agua para aclarar su garganta; llueve, corre el viento y el Animero continúa sin que lo detenga el frío, el sueño o el cansancio. Los perros aúllan, ladran y, finalmente, se hacen a un lado, dejándole libre el paso. En todo el pueblo no hay una sola persona por las calles.

La fuerza del rito compartido que el Animero forja a cada paso permite su existencia y transmisión generacional. A través de él “la comunidad se reconoce a sí misma, reafirmando o reelaborando su imaginario y afirmando sus fundamentos” (Colombres, 2004: 54). Dentro de la concepción que hay acerca de la muerte en Caldera, la visita de las almas se recibe como un milagro. Están en sus tumbas, están en el más allá y están escoltando al Animero. “La convicción casi universal de que los muertos están simultáneamente en la tierra y en un mundo espiritual es muy significativa. Revela la esperanza secreta de que los muertos son capaces de participar en el mundo de los vivos” (Eliade, 1997: 61).

Coexisten varias lecturas del culto a las almas que realiza el Animero. Por una parte, estaría orando para aligerar las cargas que sufrieron en vida los difuntos, para apagar su sed y cicatrizar sus heridas.⁷ Por otra parte, que es complementaria, al mitigar el dolor de los muertos reconforta a los vivos, remedia la historia.

Frente al genocidio que sufrió el pueblo africano que desembocó en América, la

única respuesta posible de consuelo, alegría y cambio se puede dar desde los actos cotidianos del presente. Y además de la palabra está el canto y la cadencia del baile en la cultura negra, que es el lenguaje del cuerpo para expresar la gratitud vital. “El ritmo en sí crea una estructura, una unión a la danza, al trabajo, a la fiesta, a la cotidianidad, a la celebración, a la vida. Moverse, cantar, tocar en el mismo ritmo, crea unión en comunidad” (Peters, 2005: 125).

Aunque la imagen de los Animeros ha estado asociada con el misterio de lo desconocido, don Augusto niega el miedo, alienta, dice: “la vida es amable, vida es vida”. Con sus rezos generosos pide por todos, por los presentes, por los finados, para que no los extinga el olvido, y “también por el Alma Sola, el alma ‘necesitadita’ que no ‘haiga’ quien se acuerde de ella”.

Que Dios y la Virgen Santísima
se compadezcan de sacarle de las penas
en que estuviese
Y darle el santísimo descanso
Réquiem eterna, luz perfecta
Que las almas de los fieles difuntos
descansen en paz

Desde la medianoche hasta poco antes del amanecer, Augusto Cribán honra a los muertos. Ha hecho de cada casa un santuario, su última estación es la iglesia de Caldera. Se arrodilla frente a sus puertas cerradas y entrega una plegaria. Después, retorna a su hogar en silencio mientras los gallos empiezan a cantar. Así finaliza una noche inquietante y sagrada.

El 2 de noviembre se realiza la misa de los difuntos en el cementerio. El camposanto, que antes estuvo envuelto en las tinieblas, ahora se llena de existencia y de flores. Viudas envueltas en mantos negros se sientan junto a las cruces; niños y niñas corren entre las tumbas. Hay personas que viajan de remotos lugares para pedir un responso, un canto para sus finados. Los “salves” del Animero son respondidos por familias enteras.

Ya me ha llegado la hora
 Ahí ya me van llevando
 A esa tumba tan helada
 Para siempre, adiós, adiós

Contestación:

Por vuestras clemencias pido miseri-
 cordia, Señor
 No lloren que no estoy muerto
 Mi cuerpo está en este mundo
 Ya mi vida se ha acabado
 Para siempre, adiós, adiós

Contestación:

Por vuestras clemencias pido miseri-
 cordia, Señor

Cuando preguntamos a don Augusto acerca del origen de los cantos, responde: “Todo eso viene en incógnita. Cuando yo vine las canciones ya han estado hechas, ¿quién haría?”. Y ríe.

Honrar a los muertos desde el presente es reconocer a vivos y a muertos en un mismo espacio. Es la clave, no de la repetición, sino de la transformación y la recreación de la historia desde el día a día. El recorrido en homenaje a las almas recuerda a los vivos la mortalidad inapelable, recuerda que no hay tiempo que perder para dar, compartir y actuar. El Animero representa a sus propios ancestros. Su ofrenda está hecha de coraje y afecto, es luz frente a la muerte. **U**

Testimonios

Augusto Cribán, Berta Méndez y Salomón Acosta.

.....
Amaranta Pico (Ecuador)
 Antropóloga. Publicó *Nudo ciego* (poesía y cuento). Como investigadora ha publicado, entre otros, *La cultura popular del Ecuador* y *Mesa de difuntos patrimonio intangible del Ecuador*.

Bibliografía

- Colombres, Adolfo (2004). *Teoría transcultural del arte. Hacia un pensamiento visual independiente*. Buenos Aires: Ediciones del Sol. Serie Antropológica.
 Eliade, Mircea (1992). *Tratado de historia de las religiones*. México: Ediciones Era.
 ——— (1997). *Ocultismo, brujería y modas culturales*, Buenos Aires: Paidós.
 Naranjo, Marcelo y otros (2010). *Etnografía del valle del Chota*. Quito: Secretaría de Pueblos, Movimientos Sociales y Participación Ciudadana.
 Peters, Federica y colaboradores (2005). *Sobre-vivir a la propia muerte*. Quito: Abya-Yala.

Notas

¹Esta forma básica se ha combinado con la manera africana de cantar en forma de diálogo, en dos grupos: un grupo pequeño de cantoras o cantores, que pone las estrofas y el pueblo que contesta” (Peters, 2005: 174).

²La tradición de la visita de las almas al pueblo tiene origen en algunas etnias africanas, como en la cultura de los yoruba-nagó que poblaron la tierra que hoy se conoce como Bahía de Todos los Santos, en Brasil (Peters, 2005).

³“Las salves son como algo sagrado. Al memorizarlas o apuntarlas no se debe cambiar nada [...] Sólo saber el canto no vale, hay que cantarlo de todo corazón y creer en él”, explican las cantadoras del valle del Chota (Peters, 2005: 173-174).

⁴En lugar de “a pagar con libertad”, como canta don Augusto, parece que anteriormente se decía “alcanzar la libertad”, según la investigación realizada por Federica Peters (2005), que incluye alrededor de cuarenta “salves” de varios pueblos del valle del Chota.

⁵“Oí” es la manera coloquial de decir “oye”, de manera imperativa. En muchos “salves”, el Animero hace las veces de un sabio consejero, que advierte, amonesta y conjura, por su relación cercana con los espíritus de los antepasados. Cuando conjuga en primera persona habla en nombre de la comunidad entera.

⁶En las viviendas antiguas de Caldera, sin vallas, cercas ni alarmas urbanas, las puertas y ventanas de las habitaciones dan directamente a la calle. La arquitectura tradicional permite la comunicación necesaria para el diálogo de cantos entre el Animero y los pobladores. Actualmente hay viviendas con grandes portones y varios pisos que distancian el interior del exterior. Don Augusto no canta frente a ellas porque las personas no alcanzarían a oír su voz.

⁷En las diversas concepciones de la muerte, como indica Eliade (1992: 187), “el difunto no muere definitivamente, sino que sólo adquiere un modo elemental de existencia; es una regresión, no una extinción final. En la espera del retorno al circuito cósmico (transmigración) o de la liberación definitiva, el alma del muerto *sufre* y ese sufrimiento es habitualmente expresado *por la sed*”.